Marco & Sara - Capítulo 2 - El aveztruz cobarde.

José Gutiérrez Porras

Image not found.

Capítulo 1

Si había algo que asemejaba una mañana dominguera al resto de días de la semana, sin duda, para Marco lo representaba el levantarse temprano, en lugar de desperdiciar el tiempo entre sábanas. En cambio, Sara secundaba una opinión bien distinta. De modo que la dejó dormir, sin causarle la más mínima molestia.

No le importaba que la joven malgastase la jornada matinal tumbada a la bartola, pero no lograba comprender cómo un ser era capaz de dormir más de doce horas de manera ininterrumpida. Salvo que fuese portador de esa misteriosa capacidad que poseían ciertos animales; la hibernación.

Sara era una chica excesivamente autosuficiente. Si había alguna cualidad propia que verdaderamente le hiciese sentirse orgullosa de sí misma, resultaba ser el hecho de no depender de un hombre para hacer las cosas que se proponía. Cualquier cosa que necesitase, ella misma se las arreglaba a la perfección, sin importar su falta de experiencia o el desconocimiento en la materia. En cambio, de Marco no podía decirse exactamente lo mismo, pues no poseía el temple necesario para aventurarse en terrenos desconocidos. La paciencia no era su aliada, como tampoco lo era la inteligencia para ver más allá de sus propias narices.

Aquel día, mientras la reina de la casa dormitaba, determinó que había llegado el momento oportuno de poner fin a tanto desorden en el patio. Siempre requerías ir esquivando macetas si necesitabas llegar al trastero del fondo, y a Marco le incomodaba tanto caos, a pesar de que la mayoría de las bellas plantas eran de su propiedad —aunque ese tema es posible que lo tratemos en otra ocasión—. Le fastidiaba enormemente tener que andar detrás de Sara cada vez que requería arreglar algo en la casa, porque, al contrario que la mayoría de los hombres, Marco era nulo en el complejo mundo de las chapuzas. Su padre solía decirle: “El día que Dios repartió esa destreza, tú debiste de quedarte dormido”.

Envidiaba esa facilidad que poseía Sara y que le permitía arreglar o solventar cualquier contratiempo casero. ¿Por qué no podía ser él como el resto de hombres? ¿Por qué heredó semejante torpeza?

—Menudas manos de gacha —pensó por enésima vez en su vida.

En cambio, existían otras muchas cosas que se le daban divinamente, aunque no es el momento adecuado para relatarlo.

El caso, es que Marco no siempre estaba dispuesto a asumir su rol de torpe, aunque muy pocas veces se había atrevido a inmiscuirse en el mundo de las chapuzas caseras. Contadas ocasiones que le demostraron poseer cierta valía. Después de todo, puede que no resultase tan inútil como creía, y aquel domingo sintió la imperiosa necesidad de percibir el dulce sabor de la autosuficiencia.

Por otro lado, la joven no apreciada en exceso semejante don, y lo desperdiciaba. Su pereza la volvía demasiado descuidada. Marco acostumbraba a andar constantemente tras ella si requería que le ayudase con cualquier cosa.

—Vengo a echar una solicitud para que repares la luz del descansillo de la escalera... —Solía comenzar irónicamente, a sabiendas de lo difícil que resultaba que Sara se pusiese al lío—. Hola, quisiera saber si podría pasarse para terminar de poner la barra de las cortinas del salón...
—Continuaba en otra ocasión, tirando de sorna.

Solo de ese modo conseguía que arrancase y acabase cediendo ante tan picajosos comentarios. Resultaba muy cierto que Sara estaba muy atareada entre semana, pero, ¿para qué estaban los domingos? ¿Para desperdiciarlos en la cama? Si él se aventuraba a colgar una simple barra de cortinas, el comedor se arriesgaba a acabar como el rosario de la aurora, y, peor aún, si osaba adentrarse en el fascinante mundo de la electricidad para revisar un simple casquillo de bombilla..., muy posiblemente se arrepentiría de por vida si la corriente le permitiese contarlo.

Sara evitaba malgastar los domingos haciendo chapuzas. Incluso llegaba a cambiarle el humor por ello. Existían un par de días al mes en los que el carácter de la joven su presentaba demasiado hosco y susceptible: por un lado, estaban esos delicados días menstruales; y por el otro, los domingos antes de las doce de la mañana. Aquella hora resultaba más sagrada que una misa dominical.

Definitivamente, resultaba mejor no molestarla. Por eso, Marco decretó que hacía un hermoso día para colgar aquellas macetas a las que la chica había estado dando de lado durante tanto tiempo.

—Como si no hubiese semana para ello... Siempre le tocaba pringar los domingos —Se quejaba injustamente ella.

Aunque, en cierto modo, Sara llevaba toda la razón del mundo —al menos desde su respetable punto de vista—, principalmente porque todo buen manitas conoce lo mucho que se puede torcer un simple remiendo. Te aventuras a corregir cualquier desaguisado... y acabas malgastando toda una valiosa mañana dominguera. Y Dios te ayude y dispongas de todo el material necesario..., porque precisamente ese día están todas las tiendas

cerradas, y si da la desafortunada coincidencia de que no tienes lo que necesitas —situación que tiene la mala costumbre de presentarse con jodida frecuencia—, deberás abandonar el trabajo a medio hacer, dejando un bonito parche que te recordará el resto del día lo inútil que eres y para lo poco que vales.

Marco no era consciente de ese tipo de contratiempos mientras manipulaba el taladro aquella soleada mañana. Respiraba la tranquilidad que circulaba por el ambiente, acompasaba por una suave brisa, junto al sonido de algún que otro pajarillo que descansaba entre las ramas de un árbol en la distancia. El jardín se presentaba como un entorno paradisíaco. Todo un edén que inspiraba hasta al más torpe, invitándole a dar rienda suelta a su imaginación para acabar despertando a sus geniales destrezas.

Cuando por fin consiguió tenerlo todo listo, comenzó a agujerear la pared. El esfuerzo que estaba realizando para atravesar el muro se le antojaba demasiado grande. Él mismo había sido testigo de la facilidad con la que la chica lo hacía, de modo que no podía ser cuestión de fuerza. Apretó más fuertemente, pero el resultado seguía siendo idéntico. Incluso comenzó a oler a chamuscado. Aquel trasto parecía negarse a trabajar, puede que secundase la huelga de domingo de Sara. Para colmo, la temperatura que había alcanzado comenzaba a ser preocupante, y el trasto amenazaba con comenzar a arder o a desintegrarse. ¿Qué diablos estaba pasando?

El joven extrajo el berbiquí del pequeño orificio, apenas había conseguido atravesar la delicada capa de cal que cubría la pared. Entonces descubrió que la broca había pasado a la historia.

—iiiNo, Sara te matará!!! —Escuchó desde el interior de su mente. La chica le insistía en que no tocase nada que no supiese usar. Conocía su gran ignorancia, por eso estaba dispuesta a explicarle cuanto precisase. El gran problema radicaba en que Marco no quería dejarse aleccionar, y prefería aventurarse, antes que tener que esperar a “doña Pereza”, a pesar de que corriese el riesgo de meter la pata hasta el fondo.

Se quemó los dedos al intentar desenroscar la broca fundida del taladro. Maldijo notoriamente al percibir las quemaduras en la delicada piel de sus dedos. Incluso sacudió vigorosamente la mano para aliviar las fuertes punzadas de dolor que recibía. Lo que en un principio se presentaba como una simple tarea, ahora parecía complicarse, y tal hecho le crispaba.

Resopló de impotencia ante el fracaso mientras observaba sus dedos enrojecidos y sin apenas huella dactilar.

—Si mis ojos no la hubiesen visto atravesar la pared con este trasto, como el que corta mantequilla con un cuchillo, juraría que lo he soñado

—refunfuñó para las musas.

Musas que parecieron escucharle. Entonces, reparó en un pequeño detalle que resultaría de vital importancia en su victoria final: de todas las brocas metálicas que se encontraban perfectamente ordenadas en la cajita, solo una parecía estar manchada de polvo de ladrillo. De hecho, incluso recordaba para qué fue utilizada.

Cambió la broca con sumo cuidado, no fuese a volver a abrasarse las yemas de los dedos. Ya no estaba dispuesto a tropezar nuevamente con la misma piedra. Después, lanzó la quemada al interior de una de las macetas, pretendiendo ocultar el cadáver antes de que le incriminasen.

Aquella nueva pieza agujereó la pared en un periquete. La alegría que le generó tan insignificante tarea fue enorme, y el furor le invadió por completo.

—¡¡¡Eureka!!! —gritó en voz alta—. ¿Quién la necesita para una tarea tan sencilla?—. Aunque no tuvo las suficientes agallas para vociferar este último apunte. Una cosa era venirse arriba, y otra bien distinta era jugarse estúpidamente el pellejo. No pretendía menospreciar las destrezas de Sara, ni mucho menos, tan solo intentaba animarse de cara a una segunda perforación.

A continuación, rebuscó entre la multitud de cajoncitos de los que disponía la pesada caja de herramientas. Tanto compartimento le recordó a su vieja caja de hacer pulseras, donde en cada hueco se alojaba un tipo de cuenta diferente. Hasta que por fin halló un taco apropiado para el agujero que había hecho. Después, repitió la sencilla operación hasta localizar una alcayata que enroscó en el mismo y, por último, colgó la hermosa maceta.

—Tres meses detrás de ella para colgar cuatro macetas... —pensó un poco enfadado. No por la dejadez de la muchacha, sino más bien por su propia torpeza.

Pero ese leve escozor se disipó tan rápido como había llegado. Principalmente, porque la euforia de lo bien que quedaba la maceta podía paliar cualquier resquemor. Y pensar que aquello lo había hecho él... El día comenzaba a ir como la seda. El patio se mostraría precioso en menos que cantaba un gallo, y, lo mejor de todo, gracias a Marco.

Aquella euforia le transmitió un intenso placer, comparable al de un orgasmo.

—Tampoco exageres —Se ordenó mentalmente, al ver que se estaba

yendo demasiado para arriba—. Si no ha sido para tanto.

Pero lo cierto es que sí lo era. Mayormente porque lo había hecho él solo, sin la ayuda de Sara. Cómo deseaba ver la cara que pondría cuando despertase la Bella Durmiente y viese lo hermoso que le había quedado el patio.

Miró su reloj de pulsera. Restaban unos cinco minutos para alcanzar las diez de la mañana y todavía le quedaban otras tres macetas por colgar. Labor que supondría hacer otros tres agujeros... —ni más ni menos—, con sus correspondientes tacos y alcayatas...

—¡Pan comido! —decretó mientras reemprendía la tarea.

El segundo agujero costó un poquito más. La mano le temblaba de la presión que ejercía sobre el taladro, y los dedos chamuscados le dolían, punzando un intenso dolor que le desconcentraba. Pero no era el momento adecuado para lloriquear. No quería sentirse miembro del sexo débil.

La tercera perforación se endureció. No por eso fracasó, y la tercera maceta lució espléndida sobre la pared, junto a sus otras dos hermanas. Solo restaba una más para dar la tarea por finalizada.

—¡Joder, cada vez está más duro! —protestó abiertamente, sin ser consciente de que estaba taladrando juntas de cemento.

De este modo, y aplicando la archiconocida Ley de Murphy, se demostraba que: por muy largo que resulte un muro, y por muy amplia que pueda presentarse una pared de ladrillo, si intentas hacer un agujero tratando de evitar una junta de cemento, fracasarás estrepitosamente, pues esta parecerá moverse en busca de la broca.

Sí, querido lector. Todo buen chapuzas sabe que lo que digo es completamente cierto. Pero Marco no era conocedor de ello. Del mismo modo que no era consciente de todas las sorpresas que pueden ocultarse tras la fina capa enlucida de una simple pared de ladrillo.

Nuevamente, pudo sentir emanar la adrenalina que liberaba su organismo y que lo revitalizaba, llenándolo de puro optimismo. Alegría que se iría difuminando a medida que apretaba con todas sus ganas para lograr perforar aquella maldita pared, cuya dureza había ido creciendo a lo largo de la faena.

El cuarto y último agujero continuó resistiéndose; la broca parecía patinar. De modo que se detuvo unos ligeros instantes con la finalidad de aunar fuerzas. Comenzó a contraer y estirar repetidas veces los dedos de las manos, pues los percibía entumecidos. Rigidez que indudablemente le

impedía culminar con su cometido.

Consultó su reloj nuevamente. El minuterero había avanzado apenas veinte minutos. Después, volvió a armarse con el taladro, confiado en que el final de aquella batalla contra la torpeza se acercaba y en que saldría por fin victorioso. Introdujo la broca por el mismo lugar de antes, accionó el gatillo y apretó con todas sus ganas. Pero percibió el modo en el que continuaba patinando, negándose a finiquitar su labor. Entonces, su furia se unió al empuje y, finalmente, la broca cedió, después de resbalar rápidamente.

—Quizá quede algo torcido, — dijo victorioso mientras tiraba ansiosamente para sacarla del agujero— pero lo realmente importante es que lo he conseguido. “La perseverancia es la virtud de los hé...”.

No fue capaz de culminar su frase lapidaria, pues un delicado hilillo de agua comenzó a brotar del agujero. El fino caudal fue en aumento a medida que se limpiaba el orificio. Si no conseguía reparar aquel desaguisado, cargaría con semejante lastre el resto de sus días. Lo último que deseaba era que Sara descubriese lo ocurrido, de modo que tenía que actuar rápido, pues el asunto se presentaba feo y bastante torcido. Disponía de algo más de hora y media hasta que la chica se levantara, pero, ¿qué iba a hacer para salir airoso de semejante entuerto? Porque una cosa era hacer agujeros en la pared con un taladro —cosa que enseñan en primero de Bricomanía—, y otra bien distinta resultaba reparar una tubería. Necesitaba ser Doctor Honoris Causa en la materia para solventar la papeleta, cuando él no cursaba ni “parvulitos”.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Menudo marronazo, joder...! —clamó sin saber dónde meterse.

Anduvo nerviosamente por el patio. La preciosa mañana parecía comenzar a turbarse a medida que la pared se “desangraba”. Sopesó la posibilidad de cavar un agujero en la tierra del jardín, después metería la cabeza dentro y se olvidaría de todo, tal y como hacen los avestruces cobardes, pero eso no solucionaría el problema, en absoluto.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo? ¡No dejas dormir a una tranqui...!

La dormida voz de Sara se cortó ante un sonido funesto; el del tiesto de una maceta que se hacía añicos al estamparse contra el suelo. Marco se rodeó temerosamente, como el reo conocedor de la llegada de la ejecución de su pena de muerte.

Por un lado, observó la perplejidad del rostro de la chica, ensimismada en los estragos causados por el avezado manitas. Por el otro, descubrió la que un día fue la tercera maceta, fragmentada y esparcida por el suelo,

junto al chorro de agua que no dejaba de manar desde el agujero.

—¿Pero qué demonios has hecho?! — cuestionó, a sabiendas de lo que acontecía.

—¡Sara, verás...! —comenzó valiente—. Yo solo pretendía colgar las...

—¿Pero por qué no me lo has dicho, Marco?

El chico evitó contestar a tan engañosa pregunta, consciente de que se la jugaba si respondía erróneamente. Estaba completamente seguro de que no disponía ni de comodines.

—¡Madre mía! ¿Dónde encontraremos un fontanero hoy domingo? — Se quejó amargamente.

—Cariño... —Osó decir para tantear el terreno—. Podría preguntar al vecino de la esquina... Manuel, el fontanero, ya sabes. Quizá no le importe echarnos una mano. El hombre es muy servicial siempre que le pedimos ayuda.

Misteriosamente, Sara no parecía enfadada. Y pensar que él esperaba una descomunal reprimenda..., con lo dulce y guapa que se había levantado. Y eso que faltaba mucho para las doce... Iba siendo hora de desmontar el mito de su malhumor mañanero a ciertas horas.

—De momento, debemos de cortar la llave de paso...

—¡Ahora mismo voy, cariño! — Se ofreció en tono meloso. En su interior, algo le alertaba de estar adentrándose en un lugar completamente desconocido. Y de que, más tarde o más temprano, las cosas volverían a su cauce y Sara acabaría por explotar ante su incompetencia.

Pero lo cierto fue que nada de eso ocurrió. Marco emprendió el camino hacia la calle, pasando justo al lado de Sara, y no se atrevió ni a respirar por miedo a quebrar su inusitada tranquilidad. Después, divisó la broca que trató de ocultar entre la vegetación de una maceta, recogéndola con disimulo. Aprovecharía el viaje para deshacerse definitivamente de esa prueba. Podría suponer la gota que colmase el vaso si Sara se percatase de ello.

—¡Marco!—le llamó, empleando un tono mucho más despierto. Sara se había rodeado.

Los músculos de su cuerpo se paralizaron, percibiendo en ellos una dureza exagerada. Ni siquiera se atrevió a rodearse por miedo a la tempestad que se avecinaba. Su mano apretaba fuertemente la broca quemada, no fuese a que se le cayese en tan intempestivo momento. Incluso, impulsado por

un miedo insuperable, pensó en tragársela, poniendo así fin a semejante contratiempo. Pero finalmente no lo hizo.

La imagen de un avestruz metiendo la cabeza bajo tierra acudió de nuevo a su mente.

—¿Sí, mi amor? —Exhaló, percibiendo una bola de pánico en su garganta.

—Cuando vuelvas, haz el favor de traer el cepillo y de recoger estos tiestos.

—Descuida, que yo me ocupo de todo... —contestó con voz asustadiza mientras percibía un gran alivio.

Y reemprendió su marcha hacia el contador del agua, cargado con la incertidumbre de saber qué mosca le había picado a Sara aquella mañana para levantarse de tan buenas pulgas. Definitivamente, a las chicas no había quien las comprendiera.

—Si no he sido capaz de culminar una simple chapuza, no pretenderé ser el listo que investigase uno de los grandes misterios del universo —pensó.

Páginas de otros trabajos del autor:

Novela "El cazador de almas" (2014):

<https://www.facebook.com/elcazadordealmasnovela/>

Novela "La cara oculta de Luna" (2017):

<https://www.facebook.com/lacaraocultadeluna/>

Más capítulos de "Marco & Sara" (2016 - ?) :

<http://www.megustaescribir.com/autor/20853/jose-gutierrez-porras>